



LA MONTAÑA COMO REFUGIO

por Mario Gaviria

*«Lo que hayas aprendido en el Valle, de nada te sirve aquí arriba. Tienes mucho que aprender»
(Un pastor a Jackie
El Bosque de Tallac)*

La montaña, tiene una historia, unas funciones y un funcionamiento muy específico y diferenciado de la llanura. Los Pirineos han sido siempre un refugio contra multitud de agresiones. En primer lugar, un refugio contra las enfermedades, contra las pestes. La montaña es un espacio de difícil ocupación militar permanente. La montaña es un lugar al que es difícil que lleguen las contaminaciones del llano, ya que las aguas se mueven de arriba a abajo siguiendo la fuerza de la gravedad.

Los montañeses tienen una memoria colectiva que les hace siempre ser hostiles a los invasores, sean militares, curas o, en los últimos tiempos, esquiadores. Es en las montañas el refugio ecológico donde encontramos todavía ecosistemas muy complejos, especialmente en los hayedos, robledales, etc. y donde existe un refugio genético de miles de plantas y animales distintos. Es un refugio de la flora, atacada por los pesticidas, los monocultivos y el utilitarismo capitalista que tiende a no dejar vivir más que una sola especie vegetal la más rentable, exterminando todo lo demás. Igualmente existe una gran riqueza y variedad ge-

nética en la fauna. Es conocido que los ingleses están haciendo bancos genéticos de animales domesticados. Tienen incluso una asociación de protección de especies raras en peligro. Tienen más de 200 variedades de ovejas, y donde se han conservado ha sido precisamente en pequeños rebaños aislados de gente de las tierras altas. En los Pirineos, la presencia de la vaca pirenaica, la oveja lacha, el caballico de Burguete, el cerdo baztañés y decenas de cabras y ovejas cuyo nombre no es aquí el lugar de citar.

Los ingleses saben muy bien que muchas de las razas animales que se explotan hoy industrialmente (cerdos, conejos, pollos) en granjas con alimentación forzada, han ido siendo seleccionadas genéticamente por su crecimiento rápido, alta capacidad de transformación en proteína y, más que resistencia a las enfermedades, han sido seleccionadas por su resistencia a los medicamentos y alimentos de las multinacionales que controlan el negocio de los piensos compuestos. Para la Bayer o para la Shell, un buen cerdo o un buen pollo son aquellos que resisten bien sus medicamentos.

Como todo esto puede acabar en un caos genético, los ingleses están preservando aquello que la montaña acogió en su seno como refugiados: las especies genéticas raras.

Vemos, pues, que es un refugio militar, un refugio de la salud, un refugio genético. La montaña es también un refugio cultural (1). El desarrollo de la presencia de los Estados francés o español en los valles pirenaicos, con la penetración al final del siglo XIX de los primeros caminos rodados, fue acompañado de la presencia del perceptor de impuestos, del maestro, del guarda forestal, del aduanero, todos ellos representantes del poder central y odiados por la población de las montañas que veían en estos funcionarios del estado central los ejecutores de una política que tendía a acabar con las lenguas propias, la cultura local, las instituciones asamblearias populares, los sistemas de salud y creencias que la Iglesia denominó brujería para exterminar el saber popular sobre su propio cuerpo. La Iglesia y los médicos ha mostrado muy bien Foucault cómo han ido juntos en la represión de la relación del hombre con su cuerpo.

Se acusa siempre a los montañeses de reaccionarios, de conservadores, de arcaicos. Finalmente esto se debe a que los llamados «cultos» de la en una sociedad lineal y no cíclica, separada de en una sociedad lineal y no cíclica separada de la naturaleza tienen dificultad para comprender que puedan existir otras culturas distintas a la occidental, industrial y urbana. Parten de la idea de que el progreso es algo que va de una situación mala a una mejor, cuando esto, para el caso de la población de los Pirineos no ha sido siempre claro.

Este refugio cultural contra la invasión de la modernidad, contra la tecnología dura y antiecológica es un valor más de la montaña. La vertiente conservadora de los hombres y mujeres montañeses debe ser considerada como un valor positivo y es consecuencia de un saber histórico, de una memoria colectiva. Los pirenaicos han visto pasar diversas civilizaciones (romanos, visigodos y árabes, civilizaciones que tuvieron su momento de decadencia) y la montaña supervivió como pudo.

LOS PIRINEOS COMO REFUGIO

La montaña ha sido también un refugio de sistemas políticos comunales. Los Pirineos, especialmente los centrales y los occidentales se defendieron bastante bien contra los romanos, contra los árabes, contra el feudalismo, incluso contra la religión, que ha conservado en muchos aspectos todavía un carácter más cósmico en las zonas urbanizadas.

Puede decirse que todavía hoy la resistencia de los hombres de los Pirineos franceses a la acción de la DATAR (Delegación de la Ordenación del Territorio Francés) y al programa de contratos del país, es decir, al desarrollo de las estrategias del «Libro Blanco de Los Pirineos» para modernizar la economía de éstos se debe a una tradición de defensa de los montañeses contra el exterior. Una defensa que la experiencia histórica les ha mos-

(1) Entendiendo cultura no como empacho de datos de segunda mano sino como un saber hacer populares unos modos de vivir.

trado en casi todos los casos que a la larga tenían razón. La montaña es un espacio del larguísimo plazo, es un modo de gestión ecológica y naturalista cuyos resultados no se ven sino a medida que pasa el tiempo.

Esta habilidad de los Pirineos para defenderse de la penetración política exterior es una de las grandes riquezas de sus comunidades. La gente se empeña en ver a los montañeses como gente retorcida y arcaica, expresión que se emplea peyorativamente como contrario y dialéctico a moderno y progresista. No es seguro que el progresismo tecnológico capitalista sea positivo y el arcaísmo ecológico montañés negativo, sobre todo si se analiza la historia a largo plazo. La montaña ha sido refugio político e incluso espacio del germen político del Estado español. No hay que olvidar que es a partir de los Pirineos de donde nacen los reinos de Navarra, Aragón y Cataluña (Roncesvalles, Leire, San Juan de la Peña, Seo de Urgel, etcétera).

Podría decirse que en la montaña entra más lentamente la invasión cultural, pero una vez entrada perdura más tiempo. En este aspecto habría que entender el hecho de que es de los Pirineos en su vertiente sur de donde parte la llamada Reconquista de la Península Ibérica por los reyes cristianos de Cantabria y el Pirineo contra los musulmanes, que la historia de derecha ha querido presentar como una cruzada dentro del territorio peninsular, que luego se pasó al norte de África y de allí a Sudamérica, que duró más que las cruzadas europeas a Oriente que para principios del siglo XIII habían acabado. Frente a esa versión, existen otras hipótesis históricas que parecen cada vez más verosímiles que consistirían en señalar que no hubo en el año 711 de pronto una invasión musulmana que en pocos años ocupó toda la península Ibérica, sino que al ser la cultura árabe la más avanzada de su tiempo la Península Ibérica se había ido arabizando, des cristianizando en su moral, en sus costumbres, etc., organizándose los territorios en pequeñas comunidades autónomas musulmanizadas tan disgregadas, que ni estaban interesados ni eran capaces de montar ejércitos y Estados potentes que pudieran resistir a los reyes pirenaicos o cántabros.

El hecho de que no haya pruebas del paso del estrecho de Gibraltar por Tarik y Muza, sino hasta más de un siglo después de la fecha en que se supone que pasaron y del escaso número de guerreros árabes que vinieron, hacen mostrar que habría que reconsiderar lo que se ha llamado Reconquista cristiana contra la invasión militar musulmana.

Lo que sí queda claro es que el refugio del cristianismo había sido en las montañas, no como una huida de los árabes sino como una pervivencia de la cristianización y romanización, especialmente no en la alta montaña, sino en el somontano (ni Leire, ni San Juan de la Peña, ni Jaca, ni Seo de Urgel son la alta montaña, sino los puntos que controlan el somontano y las riberas).

La montaña ha sido siempre un lugar para nacer y ver que se han expandido los ganados y los montañeses históricamente repoblando el llano, que es una de las funciones —desgraciadamente,



La Montaña como refugio

de manera militar— que tuvo la llamada reconquista de los cristianos a los árabes en la Península Ibérica, que a pesar de todo se llevó con una coexistencia de árabes, judíos y cristianos durante siete siglos.

La montaña en nuestra época es uno de los últimos refugios ecológicos y naturalistas. El hecho de que el relieve, la pendiente de la montaña sea resistente a la mecanización dura, constituye una de sus defensas. Esta forma de relación del pirenaico con la naturaleza lleva consigo unas formas de vida cada vez más difíciles de mantener, pero todavía diferentes a las rurales del llano o a las urbanas. No hay que decir con esto que proponemos el convertir los Pirineos en una reserva de indios, pero el conjunto de función de refugio que tiene la montaña debe ser estimulada como una estrategia integral de autodefensa.

La montaña está siempre a la defensiva, defendiéndose siempre contra las invasiones de todo tipo. La situación actual de los Pirineos, en su vertiente Norte o en su vertiente Sur, a primera vista resulta un simple y claro desastre, pero esta situación es consecuencia de un proceso histórico que es bastante similar en cuanto a la estrategia seguida tanto por el Estado francés como por el Estado español. No se puede decir que el Pirineo en su vertiente sur o solana esté mucho más degradado, despoblado y pobre que en su vertiente norte. Las estrategias seguidas por ambos Estados centralistas han sido bastante similares. Tal vez el Estado español ha desarrollado, sobre todo en Lérida y en Huesca, los grandes trabajos hidroeléctricos más intensamente que en la vertiente norte, pero la desertización ha sido aún más intensa que en el lado francés. Pero en conjunto las medidas y las actitudes del Estado hacia los Pirineos han sido muy similares. La diferencia ha sido más bien de grado de eficacia, y la burocracia francesa ha sido más eficaz en su proceso de destrucción de las comunidades y de la integración de los pirenaicos en la mentalidad centralista francesa que la española. El problema no es sólo un problema de eficacia tecno-burocrática del Estado, sino de penetración e invasión del industrialismo capitalista de los últimos cien años. Los Pirineos, que fueron explorados muy tardíamente, en muchas de las zonas fueron explorados por el poder central, después del descubrimiento de América. Los Pirineos son en el fondo una riqueza a expropiar, a expropiar, a explotar. El espacio pirenaico es ante todo un recurso natural, y como tal ha sido objeto de pillaje durante los últimos cien años.

A medida que la burguesía comercial, industrial y financiera, del Norte o del Sur del macizo pirenaico, iba incorporando el territorio al mercado y extrayendo los recursos naturales así como cobrando impuestos, el empobrecimiento de los Pirineos ha sido creciente.

Se ha vaciado de contenido el antiguo poder que los pirenaicos tenían sobre sus montes, sus pastos y sus valles. Una vez que se les ha quitado el contenido de su soberanía, no les queda más remedio que aguantar en la pobreza o emigrar. También pueden quedar relegados a ciudadanos pobres de un territorio con recursos ricos y abocados a la asistencia pública o a los planes de

ordenación y equipamiento del territorio francés (en España ni siquiera eso). Pero esta situación de despoblamiento y abandono tampoco interesa del todo al Estado. Bernard Charbonneau señala muy certeramente que los Pirineos no es un espacio natural en abstracto, sino que los Pirineos son lo que son como consecuencia de la presencia de los pirenaicos: pastores, leñadores, agricultores, mineros, etc.

Los Estados francés y español han tenido y tienen una actitud ambigua hacia el Pirineo. Por un lado han seguido la táctica de destruir las instituciones políticas, la lengua, la economía que tenían los pirenaicos, incluso favoreciendo la emigración y el despoblamiento, y por otro en estos últimos años, al menos a nivel ideológico, manifiestan estar muy preocupados por el despoblamiento e incluso hablan de realizar planes para retener a la población, planes que, desde luego, no se confirman. Lo mismo sucede con las plantaciones de pinos en los Pirineos, que van expulsando ganado y gente en una acción real expulsadora, aunque la ideología estatal hable de retener a la población y desarrollar la montaña.

Pero por otro lado el Estado francés o el Estado español da la impresión de estar traumatizados —si el Estado es capaz de traumatizarse— del hecho de que un día no pudiera quedar población humana en los Pirineos. Parece ser grave para el Estado, ya que si no hay hombre no habrá ganados que pasten el Pirineo, si no hay ganados no hay vida, y en lugar de una frontera el macizo se convertiría en un vacío, en una tierra de nadie. Si no hay población no se puede reclamar la soberanía. En cierto modo el Estado tiene necesidad de una montaña poblada y controlada. La contradicción de los Estados francés o español con respecto al poblamiento de los Pirineos es que han estado expoliándolo durante los últimos cien años de tal manera que han expoliado hasta la población expulsándola y que ahora empiezan a encontrarse con que ya no hay jóvenes, con que dentro de treinta años tendrán que cazar a lazo a los ciudadanos para obligarlos a vivir en los Pirineos. En su grave desesperación parece ser que el Estado español o el Estado francés ha llegado a pensar en repoblar los Pirineos con jóvenes marginales, ecologistas, «pasotas» y todo lo que les caiga en mano, con tal de que acepten vivir en la montaña, cosa que no aceptan ni los ingenieros del Icona o del Servicio de Aguas y Montes francés, cuyos ingenieros viven en las capitales de provincia o de departamento. Pero los marginales y los ecologistas, por su juventud y actitud subversiva les dan más miedo que los viejos pirenaicos, que son el final de una etnia sometida. No parece que el Estado vaya a dar verdaderas cartas-pueblas a los jóvenes que quieran instalarse en la montaña. Los montañeses del lado español acogen e integran muy bien a los jóvenes que por el Pirineo han ido (el caso de Sieso de Jaca en la provincia de Huesca está muy claro, impulsado por jóvenes compañeros constructores), mientras que por el lado francés los marginales son mal recibidos por los montañeses (excepción hecha tal vez del caso de las luchas contra el polígono militar de Lárz Rac).

¿Cómo se expulsó a los hombres y mujeres de los Pirineos?

En primer lugar, poniéndoles una frontera que comunicara el Norte con el Sur. Históricamente los montañeses del Pirineo iban y venían a su gusto, tenían tratados de ayuda mutua y paso, bajaban los bearneses a trabajar en los regadíos del Ebro y los pastores trashumaban en invierno en el llano y en verano en las crestas. La frontera y los Pirineos, pues, no existían sino hombres de un lado y de otro. Durante los siglos XVI y XVII el valle del Ebro era más rico que el sur de Francia. Los franceses venían de segadores. El siglo XIX y el siglo XX cambió el signo y eran los aragoneses los que se iban a trabajar al Bearn. Hoy de nuevo hay más crecimiento económico en Euzkadi sur que en Euzkadi norte y en Cataluña sur que en Cataluña norte.

Con la frontera se pierde una unidad pirenaica política y una unidad ecológica, a pesar de que han sobrevivido ciertos pastos y facerías comunes a los valles del norte y del sur de la raya divisoria. Los hombres pirenaicos fueron los últimos en aceptar el servicio militar obligatorio ante el Estado francés o el Estado español, o se mutilaban, se cambiaban de nombre o huían al monte, trucaban las listas del censo demográfico: una admirable forma de resistencia al Estado.

Pero los 30 últimos años, el despoblamiento, es decir, la emigración de los jóvenes y adultos del Pirineo hacia las ciudades industriales ha sido para desgracia del pueblo, demasiado rápido y demasiado grande. La montaña ha sido siempre un buen espacio para nacer y crecer. Los Pirineos han repoblado el llano. Los terneros que nacen en el monte se engordan en el llano, las patatas de siembra de toda España proceden de los valles pirenaicos. Una profesión en las épocas difíciles del Pirineo era la de ama de cría para familias desnutridas pero ricas del llano. La emigración de la montaña y la población del llano, de la que forma parte la propia llamada reconquista española, tenía un ritmo lento que no desequilibraba la permanencia de una densidad demográfica de la alta montaña. El problema grave ha surgido cuando la despoblación ha sido acelerada arrasando pueblos, vaciando genéticamente los Pirineos: apenas quedan mujeres reproductoras. Los Pirineos están repoblados de mozos viejos que no encuentran pareja con la que hacerse compañía y tener descendencia. Los Pirineos han tocado demográficamente el punto de no retorno. Son incapaces de reproducir su población. Los que quedan son pocos, viejos y desanimados. Una proyección a 25 años de la actual pirámide de edades muestra el desierto demográfico de los Pirineos, sin lugar a dudas. El capitalismo «se ha pasao». ¿Pero por qué la gente se va?

EL EXPOLIO ESTATAL

La gente se va porque le han quitado la soberanía sobre su propia tierra a través de leyes estatales sucesivas a todo lo largo del siglo XIX. Las sucesivas leyes expoliadoras están en relación con el control y utilización de los recursos naturales.

Podemos contar que, en un recorrido rápido sobre las leyes expliadoras de las riquezas de los hombres de los Pirineos —y las leyes son muy parecidas por parte del Estado español o del Estado francés, o del Estado americano con respecto a las riquezas de los indios, de los territorios de las reservas indias, que ni aun ahora les son respetados a la hora de extraer carbón, gas natural, agua, roturaciones de tierras, etc.

Comencemos por el agua. El agua es uno de los grandes recursos renovables de la montaña. La Ley de aguas en España que ahora cumple cien años, fue muy clara: quitar la propiedad del agua al pueblo para una vez declarada de «Utilidad pública» adjudicársela al Estado y éste a los usos deseados por la burguesía comercial, industrial y financiera. La Ley es muy similar en Francia, y la gestión del agua está aún peor en España que en Francia. La Confederación Hidrográfica del Ebro es ineficaz, alimenta a más de 600 burócratas y masacra a los Pirineos, mientras que las Agencias de Cuenca (Agences de Bassin) están desarrollando estos diez últimos años una labor de estudio y planificación algo más interesante para Francia.

Pero a pesar de todo, el Estado, a través de estos organismos, tanto en Francia como en España, ha adquirido una soberanía sobre el agua que ha sido robada a los pobladores de los Pirineos. Que sean aguas termales, aguas embotelladas, aguas embalsadas para producir hidroelectricidad y regadíos más abajo, en ningún caso los pirenaicos pueden sacar ingresos de esas aguas, incluso se les prohíbe utilizarlas arriba con nuevos usos con la excusa de que son necesarias abajo. La gente en los Pirineos podría traer las fábricas japonesas más contaminantes, ponerlas en las cabeceras de las cuencas e intoxicar a toda la gente del llano. El simple hecho de no hacerlo supone una servidumbre sobre su derecho a utilizar el agua, por lo que esta servidumbre debiera ser convenientemente retribuida. Pero no es así. El Estado les quita el derecho el agua y con ello les hace más pobres. Como son pobres y no controlan sus recursos, no les queda más remedio que emigrar, y esto se repite con todos los demás recursos. Creo que ahora se entenderá clara mi frase de hace unos años, que dando la soberanía al pueblo contra el Estado viene a decir que el agua es para el que le llueve y la embalsa.

Algo parecido sucede con la energía hidroeléctrica. Las centrales que a principio de siglo habían sido iniciativas de las comunidades de los valles han sido poco a poco cerradas y absorbidas por grandes compañías capitalistas en España o la E.D.F. (Electricité de France), de manera que hoy no les queda a los montañeses sino pagar el recibo de la luz, cada vez más cara.

La gente de los Pirineos huye porque está empobrecida, y está empobrecida porque le han quitado sus riquezas. Restablecer la soberanía de los habitantes del Pirineo sobre su tierra sería restablecer la soberanía sobre el agua, la hidroelectricidad, las minas (de las que hubo en el lado francés experiencias de minas comunales).

Con la nieve pasó algo parecido. Nadie se acordaba de ella hasta hace unos 30 ó 40 años; en



La Montaña como refugio

estos momentos, primero en los Alpes y después en los Pirineos, las grandes compañías capitalistas van a explotar el oro blanco. A los de los Pirineos les queda únicamente la posibilidad de trabajar de jornaleros en los telesillas en invierno o en la construcción en verano. Los beneficios se van de la montaña a través de las cuentas bancarias de las compañías. Por eso no hay que extrañarse que los pueblos de los Pirineos como el valle del Roncal luchan contra Belagua o los oscenses contra la docena de proyectos de futuras estaciones de esquí. Supongamos que una estación de esquí sea auténticamente rentable. En ese caso los montañeses deberían defenderse, en primer lugar, impidiendo que la construya la gente de fuera, en segundo lugar, si conviniese, construyéndola ellos y cobrando algo tan antiguo, tan medieval como un peaje a todos los turistas que subieran a partir de la cota mil, por ejemplo. ¿Por qué se permiten los peajes a las grandes compañías capitalistas que construyen las autopistas y no permiten el peaje cobrado por las comunidades del Pirineo a los que utilizan su nieve? Este peaje permitiría a la gente del Pirineo vivir bien, sin trabajar mucho, a cambio de mantener la montaña viva. Los pastores, los corderos y las vacas vivirían más felices y no tendrían que emigrar.

Algo parecido pasa con la riqueza forestal, con la madera, con el Pirineo convertido en factoría de celulosa, de pasta de papel. El Estado al servicio del capitalismo ha visto en el Pirineo desde el siglo XIX una fertilidad acumulada en el suelo durante siglos, una fertilidad producida por los ganados y los hombres pirenaicos que sabían mantener el suelo vegetal. Esta riqueza acumulada, verdadera renta del suelo y montaña, fue actualizada con las plantaciones masivas de pinos y de eucaliptos (estos últimos en la provincia de Gerona) por el ICONA en España, organismo equivalente en Francia: las empresas papeleras. Los pobladores de toda la vida del Pirineo tenían interés en mantener los castaños, los nogales, las hayas, los robles, los árboles de hoja perenne con cuatro producciones: hoja, frutos, madera y leña. Además, árboles que generan buenos pastos y sólo bosque, como consecuencia de la fermentación de la hojarasca y de la riqueza y variedad de especies vegetales. Es la lucha entre las especies resinosas, amigas del capital y del Estado, de rentabilidad y crecimiento rápido a base de esquilmar el suelo frente a las especies arbóreas frondosas, las amigas del hombre del Pirineo. La estrategia del Estado francés ha consistido en declarar Parque Nacional las áreas que en el fondo habían sido creadas tal cual con su arbolado por la presencia de los hombres pirenaicos, dejando el resto a la explotación turística, a la acción salvaje de la agroquímica a las repoblaciones con resinosos. En cierto modo el Estado francés reconoce que lo que era el auténtico ecosistema pirenaico, es decir, los árboles mantenidos en equilibrio en la selva por los hombres es lo que se declara parque natural, un truco para poder destruir el resto. La propia declaración de Parque Natural y Parque Nacional quita soberanía a los pueblos y comunidades que siempre habían utilizado para dar poder exclusivo al Estado central. Frente a un monte comunal, la transformación

en parque nacional quiere decir que pasa a manos del Estado y que lo pierde la comunidad.

La pasta de papel ha sido el objetivo de los últimos 25 años, especialmente en Navarra y Gerona, también en Lérida. Pinos y eucaliptos, éstos especialmente en Gerona, abastecen a una industria papelerera que monopoliza no sólo el monte, sino el agua cristalina de los ríos degradándola aguas abajo. Este es el caso dramático de Navarra, que tiene el 14 por ciento de su producción industrial en el sector papel con empresas, todas ellas de capital exterior, acogidas a los beneficios del



Plan de «desarrollo» de Navarra. Se da la circunstancia de que los montañeses de Navarra son cada vez más pobres, y la montaña está cada vez más vacía y las industrias papeleras son cada vez más grandes y compran la madera cada vez proporcionalmente más barata en las subastas de los montes comunales de los pueblos.

La madera de roble o de haya no sólo sale de Navarra muy barata, sino que sale también de la vertiente norte de los Pirineos para las fábricas de muebles de Valencia, donde se junta con la madera de Gabón y otras maderas africanas, lo que muestra el carácter tercermundista del Pirineo.

Así, pues, bien porque los árboles y el paisaje forestal es bonito (con lo cual se les quita la soberanía a los de los pueblos, se les prohíbe hacer nada más allí y se declara Parque Natural, Parque Nacional, Sitio Paisajístico, etc.), o bien porque los territorios están poco repoblados y los pastos poco pastados (y entonces el Estado les quita la soberanía a base de conciertos con el ICONA para plantar pinos o eucaliptos), en ambos casos, el monte es arrebatado de la soberanía de los pueblos de la montaña. El «milagro» de las repoblaciones forestales con especies de crecimiento rápido no es sino que succionan el capital de fertilidad acumulada durante siglos. Esa es la actuación del Estado allí. Cada vez que se va un tronco de haya o un tronco de roble del Pirineo se va sangre de los hombres de estos valles, cientos de años de fertilidad acumulada. En los montes de las Arezcocos

y la selva del Irati la población, especialmente el hecho de que queden unos 200 jóvenes se ha reunido e impide que salgan nuevos camiones con cortas de madera. ETA ha dinamitado el puente y no pasan camiones. Se está resucitando la tradición baztxarre o asamblea comunal, al igual que en el valle del Baztán y van abandonando el concepto patriarcal de derecho a voto del cabeza de familia para que sean todos los vecinos desde muy joven edad los que lo tengan el voto, una forma de democracia directa resucitada con motivo de la lucha por los montes comunales, por la defensa de las hayas y de los pastos.

Con la caza sucede algo muy parecido. La Ley en España y en Francia ha ido poco a poco quitando históricamente los derechos de los montañeses a la caza sometiéndolos a una soberanía del Estado que a continuación adjudica los derechos de caza a quien le conviene. A lo largo de los tiempos los montañeses decidieron soberanamente cuánto, cómo y cuándo se debería cazar. El Estado, con los guardas forestales, acaba regulando unas fechas de permiso de cazar y otras de veda, y sobre todo, asignando el monopolio de la caza a los cazadores ricos que pueden comprarlo. La caza, que era un complemento proteínico importante para los pobladores pirenaicos va desapareciendo de su dieta. Incluso algo tan popular y autogestionario como la caza a la paloma migratoria al comienzo del otoño a Echarar, ha acabado siendo un negocio para las sociedades urbanas de cazadores. Los campesinos convivían con el lobo y con el oso, con el buitre y con el águila real, teniendo hacia ellos más o menos hostilidad pero permitiendo una coexistencia de toda la cadena trófica. Poco a poco, por decretos-leyes y ordenanzas estatales se comienza a proteger más a los animales que a los hombres pirenaicos. De ahí a la declaración de parque natural y parque nacional con prohibición de cazar y de penetrar a los hombres de los Pirineos no hay sino un paso. Cada vez que se declara un parque nacional es robado a la comunidad local pirenaica. Los pirenaicos se han visto obligados a convertirse en cazadores furtivos (BRACONNIERS).

La prohibición por parte del Estado de recoger leña, cazar, recoger setas, frutos, etc., en los montes fue siempre combatida por los montañeses. Históricamente los señores feudales trataban de apropiarse de las riquezas naturales del bosque reprimiendo los derechos históricos de las comunidades de campesinos. La defensa popular de sus derechos a la leña ha sido permanente en las comunidades rurales. El joven Marx, en uno de sus primeros escritos en la Nueva Gaceta Renana, cuando era un veinteañero, todavía se preocupó de las luchas de los campesinos en aquellos bonitos textos sobre el robo de leña, que era una manera de desobediencia civil contra el poder de principios del siglo XIX. Si lo que se ha declarado como Parques Naturales en los Pirineos es consecuencia de la gestión ecológica que llevaron las gentes de los Pirineos, es absolutamente irracional y antiecológico el que se les prohíba seguir utilizando los territorios que utilizaban una vez que han sido declarados Parques Nacionales. Una auténtica

subordinación de los intereses rurales a los intereses urbanos y recreativos de las ciudades.

Los pastos son consecuencia de la presencia de ganado autóctono variado, viene a decir el biólogo Montserrat. Más o menos, habría que reconocer que los buenos pastos pirenaicos habían sido hechos por los pastores y los ganaderos de los Pirineos.

Yo estoy convencido de que ni con ordenadores electrónicos ni con expertos en programación se puede establecer un sistema de rotación de pastos, de conservación de la fertilidad tan sabio como lo han tenido durante cientos de años los hombres de los Pirineos. La trashumancia, las normas de regulación de capacidad ganadera de cada pasto, etcétera, son un modelo en su género en el que la interferencia de veterinarios o ingenieros agrónomos y forestales, de formación técnico-académica urbana, da mucho miedo. En general, lo que sucede es que los ingenieros más inteligentes acaban aprendiendo de los montañeses y haciendo lo que éstos les dicen.

Toda la gestión comunal de los pastos comunales es un modelo de gestión integral de la montaña del que habría que partir, aprovechando la experiencia acumulada durante siglos. Estas formas, que hoy se llamarían de autogestión comunal de la montaña fueron desprestigiadas por Marx a lo largo del siglo XIX con la excusa de que se trataba de un comunismo primitivo, que de manera simplificada sustituyó por el futuro comunismo construido por la revolución industrial y los obreros. En el siglo XX Lenin liquidó el asunto poniendo la etiqueta de populistas a todos los defensores de las instituciones comunales. Stalin acabó físicamente con ellas en la Unión Soviética. Bajo el adjetivo de científico, que consideraban los progresistas del XIX como lo más riguroso y racional que existía, se consiguió en parte desprestigiar el socialismo utópico, con la excusa de que lo único «racional» era el socialismo científico. De la misma manera se procedió para desvirtuar lo que se llamaba el comunismo primitivo, el «comunismo del futuro» se consideraba superior a lo que había sido el comunismo primitivo y este se veía relegado entre los modos de producción como modo «antiguo» de producción. Lo que queda cada vez menos claro es que exista una relación mecanicista y automática entre el llamado grado de desarrollo de las fuerzas productivas técnico-científicas y las relaciones de poder que se instalen dentro del sistema. Puede haberlo en relación a las clases sociales, pero incluso al interior de las clases sociales las relaciones de poder son muy distintas. En la época del feudalismo, incluso en el siglo XIX en las comunidades rurales... un sistema comunal de organización en el que la jerarquización del poder y el autoritarismo, clásico de las fábricas de la época o del Estado militar, no existía. Esto quiere decir que no hay que desechar por «arcaicas» las formas comunales de organización, siempre que sean auténticas e impidan el monopolio del poder y la organización jerárquica y autoritaria en cualquier comunidad.

El suponer que el comunismo puede ser —el día hipotético en que llegue— únicamente conse-



La Montaña como refugio

cuencia del poder obrero y de la industrialización y urbanización es cada día más dudoso. El comunismo libertario es una forma de organizarse sin tiranos ni obsesos del poder que se debe instaurar desde el momento en que se reúnen tres personas a hablar de cómo conseguir instaurarlo.

La penetración del capitalismo y del Estado moderno se produjo a lo largo del siglo XIX, al menos en la vertiente sur de los Pirineos, a pesar de las resistencias de las guerras carlistas, etc. Comenzó por estructurar el territorio en provincias con su capital y municipios muy determinados, en los que uno de los elementos fundamentales eran los impuestos y el levantamiento de quintas. El Gobernador de provincia en España y el prefecto en Francia tenían como misión extender la presencia del Estado central a las comunidades de los valles. Mientras tanto, las comunidades de los valles se reunían en asambleas periódicas para tratar los asuntos generales, y para los asuntos urgentes bastaba tocar las campanas. Estas asambleas Batzorres, universidades (del Valle del Baztán, por ejemplo) organizaban perfectamente la gestión del valle, y ha sido precisamente la decadencia de los valles consecuencia de la represión y la descomposición de los mecanismos asamblearios.

Los valles tenían, además de sus montes y sus pastos comunales, tejerías, hornos, ferrerías, textiles, minas en ciertos casos. Todo ello fue masivamente desamortizado por el ansia capitalista del siglo XIX. Es curioso señalar que los estudios de la desamortización en Navarra muestran que más de 80 instalaciones comunales de hornos, ferrerías, tejerías, textiles, tenerías de cuero, etc., fueron desamortizadas y masacradas para permitir la entrada de la industria capitalista y de las sociedades anónimas. En cuanto a la propiedad de las tierras, la desamortización de sus sucesivas fases en España tendió a privatizar en manos de los más ricos y de la burguesía dominante, incluso de la aristocracia las tierras de los comunales.

A medida que se les quitaba el espacio sobre el que vivían las comunidades pirenaicas, espacio en forma de suelo comunal, se les quitaban todos los recursos de su supervivencia. Esto se pudo conseguir, entre otras maneras, destruyendo el poder local, la soberanía de los vecinos sobre sus valles por la penetración del capitalismo y por la introducción de la democracia llamada representativa. En el caso de Navarra ha sido muy bien estudiado por Tomas Urzainqui y ha mostrado perfectamente cómo a finales del siglo XVIII la Diputación de Navarra, con la excusa de que en las asambleas de los valles y de los pueblos los menos preparados, los más folloneros, el populacho en suma imponía su voluntad y al votar por mayoría se convertían en algo ingobernable, decidió que en lugar de las asambleas el poder local estuviera en las Juntas de Veintena, Quincena u Oncena (20, 15 u 11 miembros), según el tamaño del pueblo. Estas juntas en un principio fueron elegidas democráticamente, pero poco a poco se vio lo que la Diputación y la burguesía navarra llevaban como estrategia: ¡transformar las elecciones en un nombramiento a dedo de los veinte más ricos del pueblo!

Por si fuera poco, la junta de veintena fue completada con el Ayuntamiento franquista a dedo, por lo que la decadencia de la democracia, asamblea o baztzarre fue algo perfectamente programado por la derecha. En esta línea hay una lucha creciente en Navarra y el resto del País Vasco por la resurrección de lo que fue una institución del pueblo: el baztzarre o asamblea de vecinos.

Dentro de la expoliación de los recursos naturales, la Ley de Minas, tanto en Francia como en España, que da su propiedad al Estado y que éste da concesiones mineras al capitalismo, son un ejemplo complementario de cómo se ha ido empobreciendo el contenido de la soberanía de los montañeses. La Ley de Minas en España es muy clara: el subsuelo es propiedad del Estado, es decir, de la clase dominante y de los tecnoburócratas. Así ha sucedido que las grandes minas de potasas de Navarra son explotadas por el Instituto Nacional de Industria, organismo estatal español, o que el gas de Lac, junto a Pau, es explotado por la Empresa Nacional de Petróleos de Aquitania, organismo también estatal. En ambos casos a las comunidades locales no les queda sino la contaminación y las molestias. Las riquezas las extrae el Estado para sus propios fines. Ahora se llevarán el gas de Jaca.

A la montaña le quitan no sólo la lengua, sus formas de vida, sus recursos naturales, sus formas políticas, sino su propia identidad gastronómica. Como caso extremo, podemos señalar el caso del valle del Roncal, famoso por su queso. Recientemente la Diputación de Navarra ha entrado a formar parte como accionistas de una sociedad capitalista llamada «Enaquesa» que está produciendo queso del Roncal en una pequeña fábrica allí instalada y que obtuvo renuncia de los roncaleses a la denominación de origen de este queso. Dicho de otra forma: la única empresa o persona que puede vender el queso del Roncal con su denominación de origen es la empresa Enaquesa, cuando era un invento del pueblo, al que han quitado hasta el derecho a usar del nombre de su queso comercialmente.

Hemos visto, pues, que las riquezas naturales como el agua, los pastos, el bosque, las minas, la nieve, etc., les han ido siendo quitadas a los hombres y mujeres pirenaicos de manera que ahora se les ha dejado en la pobreza, en el llamado subdesarrollo y se les ha expulsado, con lo que el Estado viene a continuación a decirles que son unos anticuados, que no aceptan la modernización. Modernización no deseable e imposible cuando proviene del Estado, ya que éste fue el que expolió. La primera base de recuperación de la montaña es que recupere su autodeterminación y autogestión histórica.

Los jacobinos centralistas, en Francia, y los centralistas españoles, es decir: el Estado, fueron los causantes de la decadencia de la montaña, y difícilmente podrá ser el Estado el que la salve de nuevo.